

NÚMERO 50

Memoria

Instituto Tecnológico Metropolitano • Medellín • 2021

ISSN 1692 - 0368

Hermana Nora Inés Fonnegra Gómez

ATIZA EL FUEGO

SEMBLANZA DE MARIE POUSSEPIN



Atiza el fuego

Semblanza de Marie Poussepin

Hermana Nora Inés Fonnegra Gómez

Atiza el fuego

Semblanza de Marie Poussepin

Memoria

Número 50, febrero de 2021

MEMORIA recoge textos polémicos a través de conferencias y ponencias, sobre personajes y hechos que han marcado un hito en el transcurso de la historia.

ISSN 1692-0368

ISSN-e 2744-9521

© INSTITUTO TECNOLÓGICO METROPOLITANO

© HERMANA NORA INÉS FONNEGRA GÓMEZ.

Rector

Juan Guillermo Pérez

Autora

Hna. Nora Inés Fonnegra

Dominica de la Presentación

Provincia de Medellín - I.E. Suárez de la Presentación

Editora

Silvia Inés Jiménez Gómez

Asistente editorial

Carolina Castañeda Vergel

Corrector de textos

Gustavo Otálvaro

Diseño y diagramación

Mauricio Raigoza

Impresión

ARTES GRÁFICAS Y PUBLICACIONES

Comunicaciones y Publicaciones

FONDO EDITORIAL ITM

Departamento de Biblioteca y Extensión Cultural

Atiza el fuego: semblanza de Marie Poussepin / Hermana Nora Inés Gómez Fonnegra.-- Medellín: Instituto Tecnológico Metropolitano, Departamento de Biblioteca y Extensión Cultural, 2021
78 p. : il. -- (Memoria. No. 50, febrero 2021)

ISSN 1692-0368

1. Poussepin, Marie, 1653-1744. 2. Biografía. I. Fonnegra Gómez, Nora Inés. II. Instituto Tecnológico Metropolitano. Departamento de Biblioteca y Extensión Cultural.

Catalogación en la publicación – Biblioteca ITM

Calle 73 No. 76^a-354 Medellín-Colombia

(574) 4405246 – 4405298

E-mail: fondoeditorial@itm.edu.co

www.itm.edu.co

CONTENIDO

Presentación.....	9
Antecedentes	11
El principio del fin	13
Reminiscencias en su lecho de enferma	13
Evocaciones de Dourdán frente a la chimenea.....	15
Caridades, presentimientos y perspectivas.....	17
Marie Poussepin intuye su vocación	23
Un <i>chispazo</i> frente a la injusticia social.....	31
<i>Madame</i> Poussepin, la parienta y elegante seglar.....	37
En las bodas de Claudio y Margarita	37
Fina, elegante y cariñosa	38
Sus años de seglar tocan a su fin	40
Nuevas miras	45
La búsqueda.....	45
Si Dourdán fue su cuna natal, Sainville será la de su comunidad	47
Durante 15 años en paradas, idas y vueltas	51
Ya estamos en nuestra casa	51
Proliferan los establecimientos y las dificultades	54

Esperar con toda esperanza	57
Diálogo con Monseñor de Mérinville.....	57
Virtud probada: la resiliencia.....	61
Perfiles: fisonomía, carácter y espiritualidad.....	67
Su fisonomía	67
Su espiritualidad.....	71
El fin del principio.....	75
Se eclipsa.....	75

PRESENTACIÓN

Lo que falta (si algo falta) no es el escribir o el hablar (que esto antes ordinariamente sobra), sino el callar y obrar. Porque, además de esto, el hablar distrae, y el callar y obrar recoge y da fuerza al espíritu.

San Juan de la Cruz

¿Quién fue Marie Poussepin? ¿Qué es la Congregación de las Hermanas de la Caridad Dominicanas de la Presentación de la Santísima Virgen? ¿Qué significan el blanco y azul que distinguen la presencia de las obras de la Congregación al servicio de la caridad en distintos lugares del mundo? ¿Qué bien obró en el mundo la fortaleza de Marie Poussepin ante los males y al servicio de la caridad?

Confiamos en que el lector encontrará respuestas a algunas de estas preguntas en las páginas que siguen, donde por primera vez publicamos, hasta donde nos alcanza la memoria, un tema de trascendencia espiritual, en un tiempo en el que se manifiesta esa enfermedad que los padres del desierto llamaban acedia, y que no es más que la incapacidad de alegrarse en el Bien, que cada vez más aleja al hombre de la celebración de los vínculos de amor que se conforman con el nacimiento, el matrimonio o el cumpleaños; o como lo dijera Hugo de San Víctor, es la tristeza del alma que no desea el bien interior o espiritual.

La incansable Marie Poussepin (Dourdán, 1653 – Sainville, 1744), fundadora en 1697 de la Congregación de las Dominicanas de la Presentación, nunca estuvo ociosa ni enferma de tristeza, pues mostró templanza en el uso de las cosas, supo disfrutar del amor de la caridad y se entregó alegremente a cumplir con lo que le había sido ordenado, fue beatificada en 1994 en Roma por su santidad Juan Pablo II, y recibió el título de Apóstol Social de la Caridad.

Esperamos que esta breve obra, que no por su tamaño carece de ambición, sea un acicate para profundizar en las inquietudes cuya respuesta no aparece explícitamente aquí, siguiendo, tal vez, el consejo de Santa Teresa de Jesús, Doctora de la Iglesia y patrona de España: «Hace ya muchos años que mi voluntad está tan unida a la de Dios, que no hay división entre Él y mi alma, sino que toda me muero siempre en su presencia, no con palabras ni en visiones o arrobamientos, sino de manera que no miro provecho ni descanso en el obrar, porque he entendido que en el obrar, en obediencia a sus deseos, está mi regalo».

Memoria es una serie publicada por el Fondo Editorial ITM con el fin de «recoger el pensamiento social del mundo contemporáneo expresado en forma de entrevistas, conferencias, ponencias, de autores con proyección nacional e internacional, que abordan la realidad y suscitan la reflexión y la formación del pensamiento crítico».

El catálogo completo de esta serie abarca temas políticos, literarios, artísticos, entre otros, todos ellos con un interés común: permitir que los lectores se formen su propia opinión y puedan participar de las discusiones o, simplemente, sensibilizarse con los textos y con el mundo que nos rodea.

La editora

ANTECEDENTES

Quiero presentar al lector una narración vívida e imaginativa de Marie Poussepin. En términos coloquiales, quiero que sea algo más estimulante que lo que determina una pieza discursiva teórica.

Profuso, extenso, prolijo y variado ha sido el repertorio escritural en la «Congregación de las Hermanas de la Caridad Dominicanas de la Presentación de la Santísima Virgen»: investigación, ensayo, teatro, poesía. Ahora, el interés es inmiscuirme con narrativa respecto a los móviles de su aventura humana, social y eclesial, en una palabra, tocar aquel prontuario donde su persona aportó, por una parte, a la economía francesa en los tiempos de su transformación industrial y, por otra, a la Iglesia, proponiendo un nuevo estilo de experiencia consagrada, y a través de ello, dibujar su personalidad y su carácter.

He podido emprender este ejercicio gracias a mi formación profesional en historia, filosofía y pedagogía; también, porque me identifico y pertenezco a esta Congregación fundada por Marie Poussepin y, últimamente, por mi afición a la literatura.

Introduzco descripciones que tomo de escritores reconocidos, porque se homologan a la narrativa y aclaran lo que pudo haber sido.

A modo de frescos que se exponen en una pinacoteca, comenzaré esta narración, cuyo personaje central es Marie Poussepin, fundadora de las hermanas de la Presentación, donde mezclo ficción o estampas imaginarias con retratos o tomas reales de lo sucedido, procurando mantener una ilación intrínseca entre imaginación de episodios que se urden en distintos momentos, pues mi interés no consiste en seguir una estricta linealidad histórica, cuanto el contorno del personaje en episodios diferentes de su trasegar.

En fin, he pretendido meterme en una historiografía, como textualidad de una narración donde los acontecimientos que se plasman no son ajenos a la creación literaria, estableciendo una conexión entre los personajes con un tiempo y cultura propios: *la Francia del siglo XVII*.

EL PRINCIPIO DEL FIN

Reminiscencias en su lecho de enferma

Hacia noviembre del año 1743, en el convento de Sainville, nuestra Fundadora, Marie Poussepin, yacía en su lecho, y a pesar de su enfermedad estaba lúcida para meditar en andanzas y sucesos de su trajinada y larga existencia. Contemplaba el paisaje invernal que se extendía fuera de su ventana como una sábana de blanca nieve; los copos lucían mullidos en arracimados montones o alargados sobre los *chamizudos* árboles. Los tonos del cielo eran anaranjados, señal de que la tarde dejaría lugar a la noche.

Su faz había perdido color, y en esos momentos de abstracción se permitía comparar el declive de su vida con la última estación del año.

«A mis 90 años, y en mi estado, he de aceptar que pocas cuentas alegres puedo hacer ya acerca de perspectivas donde sea yo protagonista en este simpático, aunque siempre sufriente mundo. No estoy triste; más bien gozo de la serenidad que siempre y, por gracia de Dios, he logrado mantener aún en momentos de incertidumbre, pues la Divina Providencia ha cuidado de mí y de las obras que he logrado emprender y he visto cristalizar.

«Aún puedo levantarme a ratos para descansar y ampliar los pulmones: me ha cogido este constipado; la fiebre no cesa y me duele toser, accesos que me dejan sin respiración...

«Desde mi cama, en el segundo piso, frente a la ventana acristalada y el cortinaje recogido puedo ver el parque de nuestro convento, más lejos los tejados con sus humeantes chimeneas, los árboles sin hojas sostienen copos de nieve, tal como se ha extendido por mi cabello la blancura y por mi alma la serenidad de quien espera un nuevo alborar; en mí hay silencio y sosiego. Me circundan estas paredes escuetas donde solo las imágenes del crucificado y de Nuestra Señora son mi compañía. No amerita ornamentaciones.

«Cierro los ojos y evoco viajes, transacciones comerciales del pasado, cuitas de hermanas, clientes, menesterosos, sacerdotes, prelados, tanta gente que me confió secretos, goces y amarguras, que se entretajan en anécdotas, y en puras realidades. Al recordar, las uno, ato sus cabos en hilvanados sentimientos que colman mi mente evocadora, porque en la vejez cuentan más los recuerdos que la realidad palpable y cierta; las alusiones se me acumulan y fluyen vívidas imágenes.

«Acaba ya casi este año de 1743, y aunque el cielo esté despejado, el sol se va apagando; sé que llegará sin mí la primavera; el invierno es ante todo una forma para el ocaso, pero para advertir esperanza».

La puerta apenas entornada se abre cuidadosamente y entra una novicia como acobardada o tímida, que cobra ánimos por la delicada confianza que le brinda la Reverenda Madre:

—¡Oh, sí, entra mi pequeña!

La novicia, que penetra en la alcoba, lleva un refrigerio; viste ya aquella indumentaria que, por dilatados decenios, vistieron sus hijas, aunque más escueta, que ataviara a las hermanas: capulina plisada, camisola de amplias mangas

arremangadas porque está en los quehaceres, su fichú, paño que como cuadrado doblado da un rectángulo que cubre la espalda. Su delantal es blanco. Enfunda sus pies en gruesas medias blancas y en su calzado de chanclos zuecos.

Ante ella se arrodilla con actitud muy respetuosa.

—¡Oh, mi pequeña, levántate! —y aprovecha para darle una sensata lección—. Si estás de servicio no te hinques, la humildad es una virtud impuesta, te la ha dado la formación, pero has de ser cuidadosa, pues tiene algo de servil, y si ello te satisface, puede ser fatal porque ofende la dignidad.

Se levanta la joven arrebolada de pudor y del sofoco que ya traía por sus faenas caseras.

—¿Qué puedo hacer por usted, *ma mère*?

Evocaciones de Dourdán frente a la chimenea

Al día siguiente, la enferma se sentía mejor y tuvo alientos para acercarse a la silla cómoda, ayudada por una hermana que la auxiliaba en menesteres personales; se acomodó bien en la silla de brazos con escabel para sus pies, sentía el acariciador calorcito de la chimenea y degustaba una aromática tizana.

Se fue alejando poco a poco de su presente para ir de retro a recuerdos muy entrañables.

Se vio frente a su casa natal, en Dourdán, desde la calle opuesta. No, no era el inmueble un palacete porque no pertenecía su clase a la nobleza; tampoco una soberbia mansión propia de la alta burguesía. Apreciaba el tamaño; alta y grande de dos pisos, con fachada de piedra pulimentada, techo de pizarra, empinado, a dos aguas, y de salientes mansardas. No estaba ubicada en el perímetro de la plaza del pueblo, se situaba lateralmente, en la calle de Étampes, donde, por ser concurrida, infundía un clima interno de alegría.

Cerca quedaba la iglesia de Saint Pierre, donde desde antiguo sus ancestros oían la misa y las prédicas, y se les contagiaba el fervor que, por sus raíces muy católicas, las repercusiones de su fe, iniciada en el bautismo, fortalecida en la confirmación, y alimentada diariamente con la Sagrada Eucaristía, sería de efectos imperecederos.

Desde el frente remira la fachada, atraviesa la calle y llega al dintel; advierte al fondo un interior amplio, debidamente compartimentado: los espacios más externos para el negocio, en la planta baja, con una trastienda, un apropiado mobiliario, y armarios empotrados para la materia prima y para guardar las confecciones. Observa el patio interior empedrado con formas simétricas dibujadas por todo el jardín.

Al ascender a la planta superior, hallábase la sala principal, el más importante de los espacios destinado a la convivencia familiar. La vivienda no quedaba limitada a este salón, sino que se extendía también por las alcobas, con sus ventanas y buen gusto en la decoración. No lo captó a primera vista, pero recordaba bien otros lugares para el aseo personal, la cocina, el comedor. La casa tenía su solar con eras para hortalizas, algunas vides, el arbolado.

Su solvente familia es también muy honorable. Bernard Preteseille nos dice que «su casa estaba abierta a las comodidades de la vida, escuela de aplicación al trabajo, pero este hogar estaba impregnado de una fe y vida cristiana y moral, donde reinaban las buenas costumbres que duran toda la vida».¹

¹ Bernard Préteseille (s. f.). *Marie Poussepin o el ejercicio de la caridad*. (Hna. Margarita de la Encarnación, Hna. María Isabel Panqueva A., traductoras). Arte Publicaciones.



Fotografía de G. Freihalter (2012). Castillo de Dourdan en el departamento de Essonne (Île-de-France).
<https://commons.wikimedia.org>

Caridades, presentimientos y perspectivas

Un ligero vientecillo colado por el visillo de la ventana, se dejó sentir, se arropó mejor, cambió un poco su posición en la silla, oyó crepitar la leña de la chimenea, y se detuvo a mirar el fuego. Le parecía ver perderse el instante cuando fueron los años de su niñez. Se diría que solo había transcurrido muy poco tiempo desde que, niña aún, reía y jugaba en aquella casa, y sus pensamientos continuaban volando hacia el pasado.

Recordaba cierto sábado de un abril de hacía ochenta años, cuando tomaba su desayuno en la mesita de rústica tabla, junto al poyo de la cocina.

Desde allí oía las voces de sus padres, que dialogaban en el pasillito contiguo:

—Claudio, —dice mamá Juliana a su marido— diles a mis amigas que hoy Marie se encargará de llevar los remedios a la familia del herrero, porque los niños están con la tosferina, y la mayorcita no creo que sobreviva a la viruela.

Y antes de que papá contestara, se adelantó Marie, volteando su rostro:

—Sí, mamá, que tus amigas lleven lo pesado, las mantas, y que papá mandé a Filipino, el criado, para que tapone con paja los rotos del techo por donde se les cuele la lluvia y hasta la nieve —y añadió—: Papá, lleva leña para que cocinen y se calienten un poco, así el rancho se les llene de humo.

Entonces la niña tendría entre 9 y 10 años.

Parecía que también en su casa había unas fisuras, no en el techo, sino en algo más íntimo, algo que se les había escapado a sus padres días antes y que ella asimilaba como un asomo de que las cosas no andaban bien. En el rostro de papá Claudio se advertían arrugas de preocupación, se presentían nubarrones que opacaban su felicidad; había aceptado un cargo administrativo en la localidad que le estaba perjudicando en sus ahorros, visto que los sufragantes se atrasaban en los pagos de impuestos que recaudaba, y él debía poner de sus propias arcas los faltantes; a veces lograba reponer, pero las más no, porque los frecuentes traslados de los pobladores dejaban sus deudas tal cual, y era el administrador quien debía responder.

Pasaba el tiempo. Marie veía declinar la salud de su madre hasta que finalmente faltó. Así que, avanzando entonces la niñez, se iba transformando en espigada jovencita y también en hacendosa ama de casa, en vigilante hermana para el pequeño Claudio, en administradora del hogar, en el todo, y con ello se crecía ante el aprecio de su papá, que cada vez le confiaba mayores asignaciones, que cada vez explayaba con ella sus pesares.

Y al llegar a este punto de sus recuerdos sintió los ojos humedecidos, en su sensibilidad estaba conmovida, más no anonadada.

Tomó de la mesita auxiliar la campanita, la agitó y pronto estuvo junto a ella la hermana enfermera que la condujo a la cama y se fue adormilando. No obstante, los recuerdos le escocían y se vio a sus 22 años, digamos, un lunes a media mañana, organizando las cosas de su armario. De pronto, entró su padre, volteó para recibirlo y se sobresaltó al advertir el rostro preocupado, sugerente de algún íntimo presentimiento.

Recordó fugazmente ese último año de 1683, cuando su padre comenzó a sufrir muchos quebrantos de salud.

Ella levantó los ojos al techo y, como perdida la mirada, pensaba en la abundancia de los Poussepin en el pasado. Veía brillar el immaculado umbral; en el aparador, la vajilla y el cristal, las ventanas avitraladas, impecables, signos estos de su confort; las flores en los materos, la ornamentación fina y de buen gusto de su casa.

Entró su padre.

La abrazó, se sentaron en los banquitos esterillados de la alcoba. Él se confió:

—He tocado fondo, ¡amor mío! ¡La quiebra es inminente! Yo pronto desapareceré de la escena, y tú, solo tú, habrás de apechar la total responsabilidad de esta casa, y del negocio que tantas ventajas nos trajo, donde no advertíamos las consecuencias de ese cargo de recaudar impuestos, que, siendo un honor, y que admití por segunda vez, es arrollador. La gente no cubre sus impuestos, se trasladan dejando ahí las deudas, y entonces, el del pomposo cargo se hará responsable de las mismas, se han agotado nuestras arcas...

—Papá, nuestros parientes nos ayudarán, siempre han sido muy cercanos.

—Cierto que sí; pero ser fiadores de deudas, aún no lo han experimentado. Es corriente que, en la mala racha, los parientes se alejen.

El 21 de abril de 1683 «después de haber sufrido mucho con paciencia y recibido la Eucaristía, muere, a los 60 años y fue inhumado en el cementerio de la parroquia al día siguiente».²

Continúa acostada, con la mirada en el vacío, abstraída.

Una tarde de un jueves de septiembre, Marie terminaba su caminata vespertina por el parque. Había tomado una gran decisión, comentarle a Claudio sus pensamientos de futuro próximo. Recorrió el pasillo de la entrada, el que separaba el almacén de la escalera, subió despacio y dio voces a Claudio. Lo necesitaba. Este se presentó en el salón principal donde ella lo aguardaba, sentada en una cómoda silla. Su figura aparecía extrañamente achicada dada la engorrosa materia que debía afrontar.

Entró el adolescente desbordante de fortaleza, y de ignorancia, ajeno a la lamentable situación familiar que solo advertía su hermana, que ocultaba, pues no quería dar indicios de la depresión económica. Había consultado con su almohada una decisión, digamos extrema, pero de apremiante realización.

—Hala, ¡Claudio! Siéntate a mi lado, debemos conversar de asuntos serios.

Bajo una gorra del tamaño de un plato, con la visera hacia atrás, el joven pasó la puerta y ocupó la silla enfrente de su hermana.

—¡Qué guapo te ves! ¿Vienes del campo?

—No. Estaba al aire libre, en el parque, —responde parcamente, como el adolescente que es.

² Bernard Préteseille (s. f.). *Marie Poussepin o el ejercicio de la caridad*. (Hna. Margarita de la Encarnación, Hna. María Isabel Panqueva A., traductoras). Arte Publicaciones.

Su hermana gruñó oyendo tan desapercibida respuesta.

—¡Presta atención, Claudio, mucha atención! Los momentos que estamos pasando son graves. Estamos en bancarrota, y he venido pensando que es hora de que te comportes ya como alguien que entiende y aprecia las circunstancias.

Y a continuación le narra los antecedentes de estas anomalías.

El muchacho, que tenía buenos sentimientos, escucha sorprendido.

—¿Qué piensas hacer? ¿Cerrarás el negocio?

—No, Claudio, no. Endeudada estoy hasta el pelo, pero itengo ideas! Haré un préstamo al señor de Verly, que siendo usurero me cobrará altos intereses. No importa, iré a París para contactarme con los parientes de allá y evolucionar trámites que nos traigan a Dourdán esas máquinas de confección de medias que ha inventado un londinense. Estoy bien enterada de cambios revolucionarios de la industria textil en Inglaterra. La fabricación de tejidos es ya anacrónica como artesanía que utiliza agujas, ruecas o telares manuales.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó el joven, regocijado. — Dime si empezaremos pronto, para cerrar el almacén.

—Calma, calma; seguiremos conversando de esto, tú me serás muy útil, ¡Juntos lo haremos todo!

¡Ah, he aquí una luminosa idea!

Una chispa que se enciende en su mente: Marie, que es juiciosa y entendida, que sin talla física y sin los destellos corporales de una beldad, pero con un carácter enérgico, se atreve a ir a París a indagar.

Lo que le faltaba de estatura, lo superaría con su carácter y arrojo. Era menuda, pero su porte muy confiable. Tez muy blanca, pincelada de ligero rubor, pero no del encendido

propio de campesinas; cabello entre rubio y castaño muy claro; tiene unos ojos rasgados y azules serenos como el firmamento primaveral, y una tal sonrisa cautivadora, que para nada es asomo de la carcajada, ni de carantoñas sociales. Nació así, es natural y permanente; encierra, como la de la Gioconda, misterio y felicidad; si Dios sonriera debería ser así, con ese rictus de amable e inescrutable felicidad.

En el episodio reminiscente, como que percibía a Claudio diciéndole:

—¿A quién piensas enviar?

—Yo, por supuesto, iré a París y haré los contactos de rigor. Eso sí, Claudio, del préstamo sacaré una reserva para emergencias. Cariño, confiemos en la Divina Providencia, y confía también en mí.

Semanas después, Marie saldría para París en una calesa, esos coches de madera con capota de vaqueta, que disponían en el interior de cuatro asientos frente a frente. Lo conducía un cochero que, desde el asiento delantero, arreaba las bestias. Abrazaba ella la cartera, no por avaricia, sino por precaución. La ruta a París era pedregosa, monótona, enmarcada a derecha e izquierda por sotos; a la distancia se apreciaban los trigales hondeando sus espigas.

Busca en París a los parientes, departe con ellos animadamente, no les cuenta sus decadencias económicas, solo su interés por entrar en la honda del cambio. Se hacen los contactos para traer de Londres los artefactos, los trámites para pagarlos y para llevarlos finalmente a Dourdán.

Marie, al recordar estos episodios, sonríe y equipara lo sucedido con los tiempos mesiánicos, cuando los profetas hablaban del cambio anunciado, de un futuro restaurador, del Señor que llega tras cantidad de profecías, de ese «Preparad el camino del Señor», cuando ella, en sus agobios, preparaba sus nuevos caminos de restauración.



Fotografía de Dorieo (2016). Telar de terciopelo, modelo siglo XV y urdidora francesa. Colegio del Arte Mayor de la Seda de Valencia. <https://commons.wikimedia.org>

Marie Poussepin intuye su vocación

El buen clima se sostenía, así que se animó a salir de su alcoba, acompañada de su prima Agnés Revers, superiora interina de la comunidad, y se dirigieron asidas del brazo hacia el gabinete que ahora era albergue de Agnés como administradora de la comunidad.

Encendieron el fuego de carbón y empezó un diálogo de lo más importante, pues era necesario ultimar ciertos proyectos atinentes a los inicios de la fundación que supuso el tránsito de Dourdán a Sainville. Agnés retenía muy bien, quizá para anotar luego, esas memorias que, deplorablemente, se perdieron tiempos después con los acontecimientos de la Revolución francesa.

Marie, le refería:

—Ya veo que tendré que explicártelo todo. Bien sabes que nuestro convento de Sainville dista de Dourdán 17 kilómetros, y recordarás que Dourdán era apacible y próspera, mas no esta aldea, que continúa siendo miserable.

En nuestra natal Dourdán conocimos las imponentes fachadas, las florecientes granjas, los recios campesinos.

—Así es esa despejada Dourdán —alterna su prima—, tan excepcionalmente fértil en cereales, pero Sainville es apenas una aldea de no más de 600 habitantes, con edificaciones como momificadas por el tiempo que en muy poco animan a los habitantes algo huraños, instalados en su dejadez. Claro que nuestra comunidad se ha convertido en el alma del entorno y ha cambiado un tanto el ambiente y se ha potenciado la vida cristiana.

—¡Cómo no! Ha habido cambios alrededor del templo y la administración de un buen párroco se ha hecho sentir. El cura que yo encontré aquí era descuidado con la iglesia y con los fieles. Las defunciones se acrecentaban, indicio de insolvencias que generan enfermedades.

—Y, ¿cómo viniste a dar con esta miseria?

—En mis prácticas caritativas de la Cofradía de Dourdán atravesé con mis compañeras estos parajes. Ante nosotros aparecían chozas ahumadas y destartaladas, sin higiene, con pocos muebles. Las familias numerosas se apretujaban alrededor de los poyos donde hervían las ollas cundidas de abolladuras y de negrura. Comían el más mísero de los panes, el de avena, pues el de trigo ha sido siempre para los ricos. Con esto acompañaban su sopa de arvejas, de cuando en cuando comían huevos o un trozo de tocino, o si lograban cazar conejos, ese día sería succulento. Esas cocinas se cubrían de moscas. El desaseo no tenía control.

—¿Recuerdas algo que te impulsara a una aventura caritativa que marcara un hito en tu vida? —Marie le dirigió a Agnés una viva mirada y pareció que iba a hablar, pero se calló por breves instantes.

—Si y no. Fueron tantos mis encuentros con la pobreza... pero bueno, te contaré algunos que me sugirieron después

establecimientos, como la fundación de una escuelita y de un dispensario para atender a los pobres enfermos. Escucha, te narraré tres momentos:

«Por las goteras de Dourdán salimos tres compañeras de la cofradía. El lugar era retirado y tras recorrer pantanosos senderos advertimos un edificio grande, de ladrillos rojos descascarados, esos muros ruinosos. Resbalé al penetrar el pasillo anterior y deduje que el piso estaba mojado. El corredorcito estaba oscuro; adelanté un pie con precaución, temiendo encontrar un agujero, un pozo perdido, algún escollo, y así me apoyé en la pared lisa y pegajosa de lama y detritos sanguinolentos con rebordes de amarillento pus. Disimulé el asco y froté en el delantal la mano.

«Noté que el pasillo se prolongaba. Una bocanada de aire fétido me indicó dónde estaba. Yacían allí unos hombres y mujeres, esbozos mismos de humanidad. En el salón tosían, se quejaban ancianos en revoltijo, sin distingos de enfermedad, demencia, edad. Tropecé con un jergón de paja húmeda. Allí se tendía un anciano que parecía tener a lo menos sesenta años; tenía en su rostro un no sé qué de rudeza, de estupidez, de espanto. La sala estaba atendida, si se puede decir tal cosa, por tres mujeres bien adultas, vestidas de negro, con una pechera blanca y sucia; sus túnicas eran unas sargas de mangas anchas; se cubrían con un gran velo de lana y la toca les bajaba hasta los ojos. Erráticamente deambulaban de aquí para allá y, al parecer, pertenecían a una orden medieval de benedictinas, ignorantes a más no decir, toscas en su aspecto y en sus palabras.

«Vivían ellas en un monasterio contiguo al hospital, que comunica por un portón. Nos enteramos de que esas momias vivientes se levantan en el primer sueño, desde la una hasta las tres, para leer el breviario y cantar maitines.

Se acuestan en sábanas de sarga tendidas sobre paja, no usan duchas ni encienden nunca lumbre, se disciplinan todos los viernes, observan la regla del silencio. Sus votos, cuyo rigor está aumentado por la regla, son de obediencia, pobreza, castidad y perpetuidad en el claustro.³

«Todas se turnaban en el rito de lo que llamaban el desagravio, que es la oración por todos los pecados, por todas las faltas, por todos los desórdenes, por todas las violaciones, por todas las iniquidades, por todos los crímenes que se cometen en la superficie de la tierra...⁴

«Nada más qué decir, habiendo tanto en qué pensar. Acaricié la frente enfebrecida de algunos pacientes, les repartimos unas galletitas, consolamos por aquí y por allá y retornamos a la ciudad.

«Abrumadas íbamos por aquel antro desolador, y regresamos a chapotear por aquellas calles, y alcanzamos la parte urbana, donde se acumulaba el hollín de las chimeneas y las cocinas que alimentaban el fuego con leña y cuyas negras pavesas las levantaba la ligera brisa».

—He aquí, Agnés, una admonición para lo que sería después mi intuición respecto a los ancianos y pobres enfermos. Pero antes tomemos alguna tizana.

«Otra experiencia la hallé en cercanías de esta nuestra actual Sainville. Era invierno muy frío, los campos cubiertos de nieve; ya no ondeaban las doradas espigas y un viento glacial aturdió a quienes estaban a la intemperie. Pasaban carretas por los zigzagueantes caminos, los caballos iban dejando su estiércol y, salpicando de lodo la nieve con sus chapuceos, abrían barrizales sucios.

«La gente campesina quemaba leños en las cocinas de su cuarto único, tosían en medio de humaredas. La numerosa

³ Descripción tomada en parte de *Los miserables* de Víctor Hugo.

⁴ *Los miserables*.

familia languidecía al pie de este fuego que los calentaba, pero que los intoxicaba. Nada raro que en cada hogar hubiera uno o dos casos de tuberculosos. No hay alberca para lavar y sus ropas tíasas de sudor y mugre permanecían en sus cuerpos de día y de noche. «¡Dejadme ver a mi hijo antes de morir!» —masculla un hombre, que sin ser viejo era apenas un espectro humano, y cuyo final se esperaba pronto. «Lo metimos al hospicio, porque allá estará mejor», —dice su compañera.

Querido lector, para ilustrar mejor el ambiente en un hospicio, permítaseme apelar a la descripción que hace Charles Dickens en su *Oliver Twist*, que, si bien sucede en época tan distante de la que aquí narramos, lo encuentro homologable al relato y lo sitúo en el episodio como si tal. Con palabras que tomamos de aquí y de allá, más o menos esto es lo que nos cuenta nuestra Marie:

«Resolvimos buscar al muchacho. Estaba en el albergue. Nos enteramos de que el muchacho de siete años, liado en la colcha que hasta este momento fuera su único abrigo, se arrebujaba tratando de calmar ese escalofrío y el chasquido de sus dientes al tiritar. Descalzo y hambriento, ahora se envolvía en una sucia manta con la que pretendía espantar el frío y ocultar sus harapos.

«Había sido internado con otros 20 mozalbetes en aquel refugio, que mediocrementemente sostenía la parroquia, y que debía estar sujeto a las tundas de los preceptores y a graves castigos si en el día no lograba llevar monedas pidiendo limosna por ahí. Pero como no siempre lo lograba, se había vuelto un pillo, y si no eran los palos de los preceptores, eran los puños de los otros que inconfundiblemente se propinaba la pandilla entre sí, atentos a quién recaudaba más para despojarlo. No, es que no tenían ni Dios ni ley.

«Felipe, tal era su nombre, oyó la campana para el almuerzo, ya eran las tres, y sonrió. Entró al refectorio. La habitación donde comían los niños era una amplia sala de piedra, con un perol en un extremo, del cual el director, ataviado con un delantal al efecto, y auxiliado por una o dos mujeres, servía las papillas a la hora de comer. De esta gozosa mezcla se le daba a cada niño una escudilla, y nada más, excepto con ocasión de alguna gran festividad, cuando se les otorgaban dos onzas y un cuarto más de pan.

«No era preciso lavar los cuencos, ya que los niños los pulían con sus cucharas hasta sacarles brillo, y al terminar esta operación –en la que no tardaban mucho, por ser las cucharas casi del mismo tamaño que las vasijas–, se sentaban mirando fijamente el caldero, con ávidos ojos, que parecían devorarlo, entreteniéndose, entretanto, en chuparse los dedos con la mayor fruición, a fin de recoger las salpicaduras de gachas que debieron haber quedado en ellos».⁵

En este punto, Agnés opinó:

—¿Sería mejor la suerte de Felipe en el hospicio que la de sus hermanitas en su casa de los bajos fondos de la ciudad?

—De ningún modo, prima. Niní, ya de trece años, que salía a recoger leña y restos de comida en las escorias de la aldea, era maliciosamente piropeada y manoseada por viejos verdes, porque al hambre se sumaba la abyección moral, como quien dice la vida de las chicas era una verdadera pesadilla, pasto para los obscenos.

Mira a su interlocutora, la prima Agnés, y le dice:

—Entonces, ¿adivinas mi intuición?

—...

—Sí, de ahí surgió mi urgencia por recoger niñas huérfanas y educarlas.

⁵ Como advertí líneas más arriba, uso el relato de Dickens en su *Oliver Twist* que describe un orfanato de época victoriana, homologable a la situación de orfanato al que se ajustaría este episodio unos 200 años antes.

—De sobra nos lo repetías a menudo: «Hacer por esas niñas todo lo que la caridad pueda inspiraros». Además de la consiguiente recomendación: «La Congregación mirará siempre como uno de sus principales deberes la instrucción y la educación de la juventud».

Las dos mujeres se levantaron, miraron hacia la iglesia un momento, y retornaron a sus asientos, luego de atizar el fuego. Marie continuó:

—Otro inquietante hallazgo. Corría el año 1695, y se me antojó confiar mis descubrimientos de la penuria al cura párroco de cierta aldea próxima a Sainville, donde ciertamente la miseria de todo orden cundía. Lo hacía como presidenta de la Cofradía de la caridad. Es preciso admitir que exponerle al levita un proyecto de remediar tal situación no debía calar muy bien, pues esta condición recelosa y envidiosa, presente en nuestra índole, nos perturba y exaspera cuando alguien nos toma la delantera y a lo mejor pretende quitarnos el honor de protagonizar. El cura no me mostró ni afecto ni atención. Sin embargo «hay horas propicias para los grandes designios, horas cuando la gracia divina toca más fuerte el corazón bien dispuesto».

Marie Poussepin estaba preparada para el despojo y para una vida de caridad que la hacían completamente disponible. No era necesario que ocurrieran hechos extraordinarios. En 1712, ella simplemente expresó: «Lo que emprendo es un establecimiento, obra solamente de la Providencia», y en 1724 se habría de convertir en la obra de Dios, servida por una débil criatura.⁶

Así como en la estación invernal hay cambios climáticos, ora ventisca y neblina espesa, ora cae la nieve, otras veces es la escarcha, así también se operan cambios en el estado de un paciente en larga enfermedad.

⁶ Reglas Generales y Reglamentos para las Hermanas de Sainville.

El día 16 de diciembre, Marie se sintió animosa para levantarse, siempre en compañía de la hermana enfermera. El día estaba relativamente espléndido, y las hermanas preparaban recursos para celebrar la Navidad, en el marco que permite la liturgia de Adviento, cuando el ambiente espiritual se adapta con la esperanza de un renacer: «Al Rey que viene, al Señor que se acerca, al Señor que está cerca, al que mañana contemplaréis su gloria».

Se traslada a la capilla, siempre bien abrigada. Momentos para la adoración al Santísimo y también para la meditación.

Llegado el Adviento, la sobriedad y austeridad contrastarán con el carácter festivo de este tiempo y ayudará a captar el ambiente de la presencia del Señor en la solemnidad.

La sobriedad de la ornamentación recordaría a Marie la condición de peregrinos, anclados aún en la esperanza. A quien espera, le falta siempre algo. Solo cuando el Señor esté de una manera visible entre su pueblo, habrá llegado la Iglesia a la fiesta completa.

Largo rato oró y, al meditar, sus ojos, externamente apagados, ardían por dentro con la llama de sus recuerdos. Y ante el altar, esto no sería distracción, era evocación con la cual el Señor nos entiende en las intenciones: relatarle la vida en episodios tan reconfortantes como los de ella en esos momentos, y su mente estuvo ante la decisión de emprender el desarrollo industrial.



Claude Lefèvre (1632-1675). Juan Bautista Colbert con las galas de la Orden del Espíritu Santo. Óleo sobre tela, (c. 1666). Colbert fue impulsor del desarrollo económico francés en tiempos de Luis XIV. <https://commons.wikimedia.org>

Un *chispazo* frente a la injusticia social

Vagaba su memoria por Dourdán. Ya se alargaban las sombras de los árboles del parque, pero la tarde de junio era clara como el mediodía. La oscuridad todavía tardaría. Se veía a sí misma en el escritorio del almacén. El espacio siempre tan ordenado, donde se destacaban cuatro nuevos telares que sus aprendices habían dejado muy limpios. Para esa fecha, los trabajadores eran unos quince, provenientes algunos del campo o de los arrabales, alguno que otro era hijo de textilero arruinado.

Desde su prominente punto de vista divisaba la escuelita que había establecido para varias niñas pobres de los alrededores. Le martillaba en su cabeza el olvido y desprotección de esas muchachas.

Cada época produce sus pobres.

La Iglesia habla a menudo de *rostros* donde hay que actuar conforme a la enseñanza evangélica, a fin de entender a quienes padecen la pobreza, de comprenderlos y ayudarles. Los proyectos son varios, entre ellos la salud y la educación, y hay que abordarlos con estrategias innovadoras. Es ahí cuando surgen seres excepcionales que se entremezclan y se sobrepone para proyectar estas representaciones colectivas o individuales.

Ejemplo de ello es un Pedro Claver con los esclavos llegados en barcos atestados de infelices enfermos y aplastados por el mal trato. O como en nuestros tiempos lo hiciera Teresa de Calcuta con los parias de la India, y por qué no, Diana de Gales, una dama rumbosa, amada por los londinenses que de corazón se metió con los enfermos del sida.

Ellos permiten conocer el fenómeno de la pobreza a través de la mirada de sus contemporáneos. En la imaginación de los hombres del siglo XVII, la pobreza evoca diversas imágenes: atracción o repulsión, tara que hay que reducir o virtud que se desea conseguir, según se la aborde bajo el aspecto sociológico o el sagrado.

Ella se decía que estos aprendices que tanto la conmovían poseen una pobreza diferente a la que había hallado en los despoblados. Estos están orillados, porque no encuentran trabajo, porque hay injusticia en sus pagos, porque se les abusa.

En el siglo XVII en Francia, el significado de la palabra «pobre» no se reduce al sentido económico. En el sentido amplio del término, pobre es el que sufre, el que se encuentra en la desdicha, el humilde. En el sentido más estricto, pobre es el que se encuentra viviendo continuamente en la «penuria», en la «necesidad».

Y las necesidades eran también gremiales.

Miremos está ilustrativa nota: «El intendente de Poitiers escribe, en 1684, al inspector general: “Los artesanos son tan pobres que, desde el momento que no trabajan, hay que meterlos en el hospital”».⁷

Marie Poussepin conocía, entonces, las afugias de los agremiados textiles.

En su época, las clases pudientes explotaban a los campesinos: los nobles, conforme a los fueros feudales; los burgueses, aprovechando esa población flotante que abandonaba el campo para establecerse en las periferias de las ciudades, lo hacían a la buena de Dios, sin orden ni planes. Así como los emigrantes de hoy, que se meten en descampados y conforman favelas, chabolas, cambuches, tugurios. Por supuesto, con el tiempo, a la sombra de los cambios urbanos, podrán mejorar, pero siempre es difícil salir de la situación.

Los obreros textiles, sin tierras, sin ser propietarios de sus casas, sin mobiliario apenas, sin lencería, quedan a la buena de Dios. Se contratan con el dueño de un taller, este les paga irrisorio salario, y tal es su medio de vida para sí y la numerosa familia. Pero este salario es siempre incierto, lo mismo que el empleo. Además, todo un sistema de anticipos, proporcionados por los patronos, convierte a estos obreros en una especie de perpetuos deudores, sometidos totalmente al poder de dichos empleadores. Deudas y analfabetismo hacen de los trabajadores manuales no especializados un mundo dominado y dependiente. Los más pobres de estos obreros, excluidos de un contrato de trabajo a causa de su edad o de su enfermedad, permanecen al margen de toda organización y corporación.

Los padres de familia, tras largas súplicas a un patrón, si acaso logran que les reciba a su hijo como aprendiz, han de pagarle pensión, por el tiempo prescrito, y como no puede,

⁷ Bernard Préteseille (s. f.). *Marie Poussepin o el ejercicio de la caridad*. (Hna. Margarita de la Encarnación, Hna. María Isabel Panqueva A., traductoras). Arte Publicaciones.

el patrón convierte al muchacho, prácticamente, en mano de obra gratuita, esclava, por las condiciones denigrantes a que los someten con malos tratos y prolongaciones del tiempo de aprendizaje, pues es una política de retención, para que les trabajen gratis.

¡Por Dios, ¿no es esto una infamia?!

Pero ante esa singular pobreza de los aprendices, la caridad de Marie Poussepin toma otro rumbo.

Así pues, al llegar a Dourdán las famosas invenciones, los telares, se empeña con tesón, y con ello, la necesidad advertida va tomando la forma cristiana de algo que no se estilaba, atender a unos obreros y abrir cauce al remedio llamado justicia.

Las compañeras que había adiestrado se ajetreaban acondicionando el salón, limpie por aquí y por allá. Embebida en sus recuerdos, advierte cómo ante el dintel, y aún en la calle, los vecinos se asoman para curiosear los novedosos aparatos, la miran con ceño arisco; pero ella está impávida, ni humilde ni soberbia. Los oye murmurar y despotricar: husmean, critican y desatinan:

«¡Esta mujer nos llevará a la ruina!».

«¡Mira cómo acuden esas muchachas y chicos... ya se ven allí enredando hilos!».

«No, eso no prosperará, son embelecos de esa mujer».

«¡Lo peor es que no les cobra a los aprendices, al contrario, les paga el jornal!».

«¡Grave, gravísimo! Juego sucio con el gremio».

«Se va a cubrir de billetes, ¡ah, la nueva ricachona!»

«Pero ya se dice que en su casa-taller se compromete también a alimentar y a vestir a sus aprendices y, además, ahí está montando al lado una escuela dizque para que aprendan a leer y a escribir.

«Eso no es más que un engañabobos para meterles como sea la religión. ¡Mojigata, solterona novelera!»



Imagen de Vincent Ciro en Pixabay (2014). Telar tejido histórico.
<https://pixabay.com>

—No, no, Agnés, no he sido yo el factor destructor del gremio feudal, este ha entrado simplemente como entra el cambio, como un fantasma imperceptible, y de pronto todo se vuelve al revés. Intervine porque debía reparar la quiebra familiar, y en ello me he encontrado con unos pobres en los que no había reparado antes: los aprendices. He sido una herramienta de la Providencia divina.

He ahí un aporte a una extraña pobreza, que en la actualidad podemos denominar redención por la justicia y atención a los derechos humanos.

Su compañera llega a recogerla.

En el diminuto universo de su convento, el Adviento avanzaba a la Navidad. Marie, a veces, sentía ánimo, y por momentos muy cortos, estaba con su comunidad en la salita de todas, y luego regresaba a su alcoba; a veces estaba mejor, a veces imposible, pero siempre en esa carrera contra el tiempo.

Se desvanecía poco a poco; no había marcha atrás.

MADAME POUSSEPIN, LA PARIENTA Y ELEGANTE SEGLAR

En las bodas de Claudio y Margarita

A partir de la introducción de los telares en Dourdán, en 1688, cuatro años después de esfuerzos e iniciativas audaces, la situación financiera se enderezaba y era posible advertir prosperidad. Por otra parte, su hermano Claudio llegaba a sus 22 años, y convenía que él fundara su hogar. Se presentaba un buen partido en una familia amiga del mismo medio social. Era la del carpintero Rolland Vian, quien tenía una hija, Margarita.⁸

Los preparativos se conciliaron con el cura de Saint Pierre, se hizo la diligencia notarial, la búsqueda de testigos y padrinos, las invitaciones sociales de rigor para su extensa parentela local y de París, para los amigos.

El matrimonio se llevó a cabo ese año, un espléndido día de verano. Los Vian solo aportaron 400 libras; Marie fue más generosa, 2400 libras para la casa, por aparte el menaje y todas esas dotaciones para el hogar que solo una mujer detallista y previsora avista.

El desposado lucía muy apuesto, no era alto, pero sí bien conformado: claros y rizados sus cabellos, que enmarcaban el rostro bien parecido, y que caían sobre los hombros.

⁸ Bernard Prétesille (s. f.). *Marie Poussepin o el ejercicio de la caridad*. (Hna. Margarita de la Encarnación, Hna. María Isabel Panqueva A., traductoras). Arte Publicaciones.

Vestía su casaca azul marino, de talle ceñido y faldones acampanados; calzas a mitad de las piernas, enfundadas en medias de seda, zapatos de charol con hebilla plateada y tacones, como era la usanza.

Margarita, agraciada en su físico, dada su frescura juvenil, vestía galas de seda, con su falda esponjada por el miriñaque; el cabello rubio recogido en moña alta y sus joyas no profusas pero finas. Ambos hacían una graciosa pareja.

La casa paterna arreglada espléndidamente con festones florales relucía, y en la sala principal los invitados con sus atuendos festivos presentaban su enhorabuena a los desposados al llegar del templo.

Se acomodaron bien, las doncellas los atendían, y degustaban, ora sentados, ora de pie las delicadas viandas: los jugos, los sorbetes, los pasantes, y ya llegaría el vino de solera reservado para el final. Los músicos armonizaban el clavecín con la flauta y la vihuela; intercalaban con cantores traídos para la ocasión, y se pasó al baile, ese minué tan en boga en los salones elegantes.

Caída la tarde, los esposos se trasladaron a su hogar, los invitados fueron desfilando y Marie, acompañada por algunos parientes de París, a quienes, por deber, había de alojar, cerró puertas y a dormir como benditos.

Fina, elegante y cariñosa

Marie era muy apetecida socialmente.

Ya sola en su enorme caserón, atendida por una mucama de confianza, pasaba muy ocupada en el almacén y en el taller, donde Claudio era una ayuda muy atinada, icuanto había madurado!

Marie salía al comercio, viajaba por las ciudades vecinas, iba a París, siempre digna y elegante con su indumentaria

de los días ordinarios, que viste como las burguesas de la época: con su saya de paño o de tafetán en las estaciones frías, o de gro listado en colores de tono pastel en verano; usaba su blusa ceñida al talle, o suelta, de holán, como debía ser, pues estaba en boga importar de Ámsterdam o de Brujas tales atuendos. La cabeza cubierta por capulina de tul orlada de encajes, su pañoleta de seda o de damasco alrededor de los hombros. Nada de afectaciones ni extravagancias. A la usanza, pero con discreta sencillez.

Marie era muy familiar y pasaba con Claudio, Margarita y los niños tardes de intimidad deliciosas.

Fácil es imaginar un cuadro hogareño de tertulia y departir animados:

Ella de por sí es reservada en el roce social, pero en familia es abierta, conversadora, atenta a sus sobrinos, a quienes mima y lleva regalitos de tía querendona. Con su hermano y cuñada, disfruta oyéndoles sus anécdotas y comentarios, y participándoles los suyos.

Una tarde de verano, en casa de su hermano, una vez acostados los niños, se instalaron los tres en el comedor. Serían las siete de la noche, y aún era apreciable la claridad de la tarde, porque ese fenómeno de oscurecer morosamente es normal en la zona donde ocurren las estaciones.

El criado, sin embargo, más por ornato que por necesidad, encendía lámparas de aceite; se oía el ruido de los trastes en la cocina, pues la doncella lavaba la batería una vez terminadas los succulentos manjares.

Había llegado el momento de tertuliar.

—Sabrás Marie, —comenzó Claudio— que Margarita y yo estuvimos en París donde unos amigos comerciantes muy bien posicionados socialmente; tanto que fuimos invitados por un conde, amigo de uno de ellos, a su palacete, y nos compartió apreciaciones de la vida cortesana en Versalles. Su casa es, a menudo, sede de presentaciones teatrales, donde fulguraban literatos de moda como Racine, Molière, Corneille,

Rousseau, Diderot, D'Alambert —esos personajes que a la postre se les recordaría como precursores de la Revolución francesa y, en su tiempo, como los «intelectuales» de la Ilustración—.

«Así pues, nos programó para una velada donde Racine presentaría su obra teatral *Esther*. La fundamentación bíblica del personaje la sabemos, digamos, una concubina del harén de Azuero, tal vez muy bella e inteligente, a quien el gran Señor le concedió su cuarto de hora y ella lo aprovechó para sacar de ese exilio persa a su pueblo».

—Claro, Claudio, —acotó Margarita—, pero la intención no sería hablar de una heroína bíblica. Ese satírico Racine ponía la hilaridad donde Azuero es Luis XIV, y *Esther*, *madame* de Maintenon, su nueva amante.

—Cómo no, hasta se le hace actriz principal en una intriga de venenos para sacar de taquito a otra diva que ya asoma su influencia, la señora de Montespan. ¿Qué opinas tú, Marie?

—Lo normal, pues los señorones, sean reyes, príncipes, o prelados encumbrados, han sido picaflores enredados siempre en asuntos de faldas.

—La señora de Maintenon es clienta mía. Hemos intimado algo... sus confidencias son respetables, también una mujer importante puede tener un corazón enjaulado y llorando tras un corpiño de seda...

Así platicaban y Marie observaba gratificada a su hermano.

Lo cierto del caso es que tenía motivos para confiar en Claudio. Él no defraudó ni como hermano ni esposo ni padre ni amigo ni ciudadano ni cristiano. Tenía perspicacia comercial y atendía tesorero sus asuntos económicos.

Sus años de seglar tocan a su fin

Era sábado a media mañana. Caía una menuda llovizna otoñal; no mojaba, pero a la larga humedecía y fastidiaba.

Marie apresuró el paso con el que recorría la calle que del parque llevaba al Castillo. Marie sabía que la marquesa de Maintenon estaba allí y que ambas se requieren por asuntos comerciales. Tocó la aldaba del gran portalón.

El castillo no es el más bello de los del conjunto del Loira, no; fue construido como baluarte y así es su aparecer de altos muros por fuera, para defender y simbolizar el poder real; es, eso sí, un magnífico ejemplo de arquitectura militar. De ello dan testimonio el recinto cuadrangular, jalonado de torres y rodeado de fosos secos, el castillete fortificado y el torreón aislado, de forma cilíndrica. No tuvo en su origen ventanales; apenas rendijas verticales para mirar a través de ellas.

Por dentro, la marquesa ha organizado con algún confort las habitaciones y las salas de estar. Tapetes adosados a las paredes, cuadros artísticos, mobiliario fino, pesado, cojinería, divanes confortables, lampararios; el conjunto deja apreciar el estilo ornamental de la época, una moda cortesana, el rocócó, que se manifiesta por la preferencia de los materiales brillantes, espejos, tapices... todo muy suntuoso y recargado.

El mayordomo, tan tieso y con su librea, abre, y como conoce de larga data a *madame* Poussepin, la recibe amablemente y la acompaña al salón privado de la marquesa, que en su gran mesa de roble escribe; no obstante, se levanta y en la puerta de la entrada se saludan con el simpático abrazo y el doble beso en la mejilla, denotando con ello amistad; la toma del brazo y se sientan en las hermosas y abullonadas sillas.

—Qué amable de su parte, Marie, pudo mandarme un criado con los encargos.

—Claro que sí marquesa, pero mi deseo es verla, y, como en otras ocasiones, conversar.

Agita la marquesa una campanilla, y la doncella asoma un poco para recibir la orden.

—Sí, tráenos chocolate con pastelitos, Jeanne. —Y luego a Marie: —Amiga mía, me ha visto escribiendo, ¿verdad? Pues eso me entretiene, orienta y centra mis pensamientos.

—Aquí en este castillo me encuentro con el solaz, a pesar de su sobria arquitectura, o precisamente por ello.

—Salí hace ya una semana de Versalles, agobiada de desdichas. ¡Estoy tan abrumada! Aun siendo el primer personaje de Francia, para indignidad mía, vivo acorralada por rumores, que, siendo ciertos, su verdad es repulsiva, pues ¿a dónde podría ir? ¿cómo negarme a ser la querida del rey?

—¡Lo sé, lo comprendo! Usted que es mujer cultivada, amante de las letras, con ese filósofo de moda puede ampliarse, ahí tiene un acertado interlocutor.

—Más estimo su compañía, *mademoiselle*, porque puedo confiarme en usted, puedo departir. Ese riesgo no puedo asumirlo con Voltaire, que me hace venias, carantoñas, su conversación es deliciosa, pero su lengua es viperina.

—¡Es público su odio a nuestra Santa Iglesia!

—Es pública su egolatría, se ama a sí mismo. Cuchichea con cortesanas, y esas me odian. Con él guardo apariencias, pues un resbalón de mi parte me pondría en boca de nuevos rumores, ¡oh, no!... Afortunadamente ahora anda por Ginebra. Sí, Santa Bárbara bendita, que ese rayo caiga en otra parte, su mordacidad es en extremo peligrosa.

—Cuando se disfruta del favor real no se tienen amigos. Y, ¿cómo van, *madame*, sus proyectos educativos en Saint Cyr?

—¡Qué distracción tan agradable es mi colegio para estas penurias de mi espíritu! Ya le contaré mis experiencias allí, y sé que le servirán bastante. Usted está inquieta por instruir a las niñas del campo, es juiciosa, y el toque del saber pedagógico le será eficaz.

—Señora marquesa, todos portamos nuestros espinosos y rasposos pensamientos. Ya habrá notado que, tras mi prosperidad económica, mi corazón está helado viviendo

entre negocios, pleitos, demandas, mercados, industria.... Usted vive entre la nobleza y yo entre esta clase social burguesa a la que pertenezco. Bien sabe usted que los nobles nos buscan por el dinero, ya que el desenfreno los está llevando a la ruina... quizá a una nefasta revolución... pero nosotros mismos, nuestros empresarios, sueñan con títulos y un tren de vida que les es ajeno. Un noble siempre despreciará nuestra forma de vida, pero estos aventureros quieren comprarse sus títulos. Le digo, temo por los hijos de mi hermano, ya he previsto desafueros en mi propia familia.

—Y, ¿cómo interviene usted?

—Entre los míos tengo autoridad respondida por el cariño. Sin embargo... le confío... estoy organizando mis rentas y haberes, pienso entregar el resto de mis días al Señor, como dicen: «me retiro del mundo, más lo mío no es el claustro».

—Pues no entiendo: se va al claustro, pero no se va, ¿cómo es eso? ¡En fin, para mí es lamentable su partida!

.....

Todos esos años de dedicación comercial —y Marie ya está en sus 42— no fueron sino una faceta de su rica personalidad y fecunda innovación; pero en su interior concomitaba una urgencia más íntima, la caridad ardiente en la que ya había sido iniciada por su madre y que la dominaría a fuego lento.

Las cosas se remontan a 1663. Cuando se hizo adulta se había vinculado a una asociación de las fundadas por San Vicente de Paul, y la de Dourdán tenía por objetivo servir a los enfermos pobres, llevarles alimentos y procurarles los socorros espirituales.

De su propia cuenta ella tenía aldeaño a su taller una especie de botica —se había instruido en hierbas medicinales—, y anexa funcionaba una escuelita para adelantar a esos aprendices en los rudimentos necesarios de escritura y cuentas.

La frase de un cuadro alegórico que pendía de la pared principal de la cofradía decía:

«La caridad de Jesús nos apremia».

Urgida por este gusanillo incisivo, se resolvió, no esperarías más: *el Señor la llama a una vocación de consagración religiosa y de servicio.*

NUEVAS MIRAS

Atizar su fuego es frase que se va convirtiendo en ella como consigna. En su ánimo y experiencia estaba simultáneamente en sus negocios y en las *caridades* que jamás descuidó. Tiene 42 años y está decidida a ir más hondo, a desembarazarse de los cuidados seculares e ingresar a la vida consagrada. Desea consagrarse a Dios sin descuidar esas obras de caridad.

La búsqueda

No hallando datos historiográficos respecto al cómo, dónde y cuándo, surge puntualmente la búsqueda, habré de recurrir a la imaginación:

En sus vueltas comerciales de Dourdán a París, Marie aprovechaba para enterarse de la vida de los monasterios femeninos, e indagó a clérigos y prelados; ella misma se acercó para contemplar esas casas, que como decían por ahí eran unas tumbas para los vivos.

Tomar los hábitos en un convento o monasterio femenino no fue siempre una vocación sino, a veces, una imposición del confesor, una forma como los padres de familia salvaban la obligación de mantenerlas si no lograban casarlas, o el lugar para esconderlas si habían fracasado en el amor.

En fin, era el monasterio una estrecha demarcación para la libertad.

Claro que hubo esclarecidas excepciones.

Largo rato observó la edificación, todo lo que la rodeaba, «aquel jardín pacífico, aquellas flores embalsamadas, aquellas niñas que las monjas amparaban».⁹ Se aproximó más a las rejas del jardincillo que separaban el monasterio de la calle. Allí había algunas monjas que se mostraban tan infantiles como sus pupilas, dando grititos de alegría; aquellas mujeres sencillas, aquel claustro silencioso la penetraba lentamente y, poco a poco, su alma iba adquiriendo el silencio del claustro, el perfume de las flores, la paz del jardín, la ingenuidad de las monjas y la alegría de las niñas.

Pero no, esta propuesta, esta sugestión no sería para ella. Las monjas se han entregado al servicio de Dios, ella también lo desea, pero... pero y, ¿qué del prójimo?

Había oído hablar y se esforzó por captar la experiencia de un tipo de comunidad, una de esas de la tercera orden de Santo Domingo. Estudió con atención libros sobre Santo Domingo, y ese proyecto la entusiasmó. Vete pues, lector, conformando una descripción de lo que deseaba: entregarse a Dios, ardiéndole el corazón por Dios, pero también por el prójimo, semilla que ya surgía desde su niñez y en el transcurso de su juventud, haciendo caridades a la luz del proyecto de San Vicente de Paul, del que su mamá era afín.

Ella piensa, «Por qué no establecer una comunidad donde pueda vivir como consagrada, pero entre la gente —cómo no— allí viviremos el Evangelio y haremos su práctica en las obras de misericordia.

En todo caso, una fuente anota que la mayoría de las fundaciones de comunidades, excepto las hijas de la caridad, ayudadas por San Vicente de Paul, habían sido al principio, terciarias dominicas. En sus recorridos y rebusques sobre la tercera orden se topó con un fraile dominico perteneciente al noviciado de París, se llamaba, Francisco Mespolie. Desde

⁹ Descripción de un monasterio femenino por Víctor Hugo en *Los miserables*.

entonces será su orientador y asesor más útil y tenaz. Él la va aleccionando para alcanzar del maestro de la orden patente para que el cura de Sainville, donde habría de establecer su comunidad, la atiende y reconozca como miembro de la dicha orden tercera.



Fra Angelico (1395-1455). Santo Domingo de Guzmán.
Detalle del fresco La burla de Cristo (1441), Basílica de San Marco,
Florencia, Italia. <https://commons.wikimedia.org>

Si Dourdán fue su cuna natal, Sainville será la de su comunidad

Se decide por Sainville. Merodea por la aldea y sus entornos. En 1696, se instala provisionalmente en casa

alquilada. Recogió a dos huérfanas del lugar. La acompañaba su prima de Dourdán, Agnés Revers, huérfana ella también, y era entonces una adolescente de 14 años. Comienza una escuela con los debidos permisos del obispo Desmerais, condecorador de su bondad, generosidad y sencillez.

También comenzó a enseñar lo suyo: el tejido de medias. Varias jóvenes se le juntaron. Una de las figuras que se le unen es una joven, Noëlle Mesnard, de familia campesina. Volveré a nombrarla más tarde.

En estas circunstancias de avance, se le presentó la oportunidad de adquirir una propiedad en la calle de Orleans. El inmueble era modesto: dos cocinas, debajo la cava y encima granero. El techo en parte era de paja y en parte de teja. Al lado una granja, patio, establo; también una tienda sobre la calle. La rodeaba un bosquecillo, había viñedo. Los vendedores le pidieron cuatrocientas libras.¹⁰

Aún era ella una seglar, tenía la tranquilidad de Claudio que administraba los negocios, y así podía estar más asentada en Sainville, viajando con regularidad a Dourdán. Hace las vueltas notariales para la compra y la propiedad es suya. ¡Qué audacia! Apenas hace dos años se ha establecido en Sainville, y ya es fundadora de una obra. Es mucho lo adquirido, pero lo principal está por hacer: *ser fundadora de una comunidad religiosa*, y no meramente de una obra caritativa. Se trata, entonces de fundar una comunidad en sentido estricto, compuesta por religiosas y en regla, según el permiso de sus superiores eclesiásticos.

Ahora entran en acción las vicisitudes. ¿Adjunta a qué institución u orden? Nada quiere saber de claustros donde encerrada no podrá atizar la llama de la caridad, de su intuición. Es su deseo una comunidad con objetivo preciso:

¹⁰ Bernard Préteseille (s. f.). *Marie Poussepin o el ejercicio de la caridad*. (Hna. Margarita de la Encarnación, Hna. María Isabel Panqueva A., traductoras). Arte Publicaciones.

«Para utilidad de la parroquia, para instruir a la juventud y servir a los pobres enfermos» ¡Esa comunidad ha de ser religiosa! Pero en su tiempo tal modalidad no existe.

Es hora de buscar amigos e influencias, *pues ha empezado Cristo a padecer.*

Madame de Maintenon, su amiga, es el poder mayor en Francia como consorte del rey. Se ha conseguido una amistad muy prometedora en el fraile dominico Francisco de Mespolie, de la orden de predicadores, con quien se asesorará para para vincularse a la Orden Dominica. El arzobispo de Chartres, el señor de Mérinville la conoce y, a la larga, le ayudará para ser reconocida su comunidad religiosa por la Iglesia.



Fotografía de François Goglin (2013). Sainville (Eure-et-Loir, Francia), iglesia de Saint Pierre
<https://commons.wikimedia.org>

DURANTE 15 AÑOS EN PARADAS, IDAS Y VUELTAS

Ya estamos en nuestra casa

¡Era toda una novedad! Las vocaciones iban llegando provenientes de toda esa región de la Boise. Había ido cristalizando esa vida de comunidad religiosa y a Marie se le llamaba de distintas parroquias, pero sin los permisos eclesiásticos pertinentes, sin la vinculación a la Orden Dominica, digamos, por heroicos que fueran sus esfuerzos y el reconocimiento circundante, no dejaba de ser una *rueda suelta*.

Claro, clarísimo, la comunidad en comento hay que vivirla, tener experiencias, normas de vida. Esto habría de ser el compendio estructurado requerido para una aprobación. La campana de la Providencia, en la que tanto confía, resonaba, pero también se tardaba.

Marie Poussepin está complacidísima. Acaba de llegar de Dourdán donde atendía impostergables compromisos. Está observando desde el parquecito, como antes lo hiciera frente a su casa de Dourdán, las recientes refacciones y adiciones, esto es, el espléndido portal, los techos, el patio ampliado tras el bosquecillo, la fachada enlucida, los alrededores. Camina, entra y remira el interior del primer piso, pasa al oratorio, punto central del encuentro cotidiano con el Señor Jesús, el refectorio, las oficinas. Más interna la cocina, la

alberca, los tendederos de ropa. Sube la escalera y allí, los dormitorios y la sala común.

Las hermanas en sus labores con sus semblantes felices estrenan una nueva forma de vivir su experiencia de consagradas: sin rejas, en libertad, penetran todos los espacios, salen a la aldea, atienden el taller y la escuela, visitan a los enfermos, recogen hierbas aromáticas para la botica, atienden las dos vaquitas, cultivan la huerta. Entonces aclaremos: esta comunidad no es un monasterio y, en óptica dominica, ha de ser convento y una de ellas ha de ser superiora, porque en este concepto ocurre la génesis de la comunidad, y la comunidad no es masa, es unión fraternal de individualidades.

Visten no un hábito, pero sí un atuendo semejante al de las mujeres del pueblo, con modificaciones en el color de las prendas, pues ha de ser en negro y blanco. Sí, visten los atavíos seculares ligeramente alterados; ahora se cubren su cabeza con un ligero velo que apenas llega a los hombros, no es un simple pañuelo flotante, tiene su forma y se sujeta a una venda de lino que rodea la frente. Con el tiempo, ese velo, signo de consagración, se irá levantando desde la orla hasta semejar las alas de una gaviota en vuelo. ¿La razón? ¡Ni idea! La camisola de las amplias mangas será blanca y el delantal negro con peto adelante y falda completa plisada desde la cintura de donde engancha una larga camándula.

Se dice a sí misma Marie:

«A nuestro convento, no toca su puerta quien escapa del mundo por la razón que sea. No viene a refugiarse en una soledad de anacoretas, no, aquí habrá exigencias evangélicas, provenientes del don de la vocación, y cada una será portadora de comunión».

Se experimenta y comparte una espiritualidad sencilla y enriquecida por la Palabra de Dios, lecturas apostólicas, buena literatura eclesial. Es como decir, «la vida del corazón

al servicio del amor de Dios demostrado en los pobres, comprometida con las obras».

El círculo comunitario hace concéntricas todas las actividades, domésticas, orantes, las caritativas. El tema es la santidad; la piedad es la piedra de toque para todos sus esfuerzos espirituales. El corte de esta vida rememora la vida de Jesús y por ello «Vivir y revelar a Jesucristo»; tal objetivo cohesionan sus propósitos y la intención para sus ocupaciones.

¡Han encontrado una nueva manera de amar y de servir!

Esa espiritualidad encuadrará la cotidianidad con el estilo de vida religioso en un marco dominico. En la comunidad el horario marca el ritmo, y en la agenda las coordenadas de su formación.

La lectura, necesaria para ilustrar la mente, de allí emanará el conocimiento para superar ignorancias, para estar a tono con los sucesos que no solo hay que reconocerlos en los hechos que ocurren, sino interpretarlos, trascenderlos y, ante todo, ha de ser lectura de la Palabra de Dios, que resguarda de las devocioncillas y hasta de la beatería.

En sus instrucciones diarias ella les dirá: «Lo que encuentren, hermanas, en la lectura deberán conservarlo en la mente, en el corazón, encaminadas al *estudio* para penetrar su destino, las realidades, dimensionar las realidades y actuar racionalmente».

La meditación, después de la oración matinal, con tema estricto propuesto para todas, se accede a la meditación, especie de *rumia* intelectual, y les ha indicado la ruta: «comprensión del lugar indicado por la lectura, hacer para sus adentros un discurso intelectual, aplicarlo a su carácter y actuaciones, producir una interlocución íntima, un coloquio con propósito de experimentarlo en el día como oración actuante en el trato familiar con Dios y la relación jovial con

sus hermanas. En el horario se demarcan las horas litúrgicas y para ello se servirán del breviario».

La contemplación, en estos ejercicios se aprende a contemplar, o la apropiación de la presencia de Dios que ha de manifestarse en el trato frecuente entre ellas mismas y con los destinatarios de su misión, esto es obra siempre de la ardiente caridad y no de propósitos personales, de cómo apilar renombre y consideración. Toda esta disposición está bajo la cúpula del silencio, bóveda que cubre y ambienta las construcciones espirituales en el diario vivir. El silencio es lo que da carácter al convento, y Marie Poussepin está plena, ¡No le digan más!

El día culmina con las Completas, y en la soledad de su celda evaluará cada hermana la calidad vivida de su consagración renovada desde el despertar, cuando a la voz de «Viva Jesús», saltan de la cama.

Proliferan los establecimientos y las dificultades

En 1708 compra casa en Auneau, próximo a Sainville 10 kilómetros. Allí se le reservaban muchos sinsabores, pues ella pagó el precio de la compra, y un benefactor se comprometía a darle una contribución por cuatro años. Por circunstancias adversas, esto se enreda y he ahí gastar tiempo en desenmarañar la madeja.

Entre las fundaciones varias prosperaron, se estabilizaron y atrajeron muchas vocaciones; otras, unas cuatro, se eclipsaron porque *el enemigo* se infiltró, como quien dice la competitividad de otros establecimientos, aún de los párrocos, donde se metió la cizaña.

Son las hermanas solicitadas en otras diócesis y ¡qué duda cabe!, el renombre se extendió dada la novedad de este estilo de comunidad tan abierta al pueblo, a la Iglesia, y respondiente a las necesidades.

Marie no cesa en su objetivo de pertenecer a la tercera orden dominica. Se le había prometido ser vinculada al convento de los dominicos de Chartres, gracias a las gestiones del Padre Mespolie, y todo pintaba bien, pero estalló un conflicto entre un fraile y el obispo que detuvo el buen viento favorable a Marie Poussepin. Nada extraño, pues en los conventos dominicos se infiltraban doctrinas jansenistas, como virus, así que muchos frailes fueron sorprendidos en su buena fe, y esto era examinado por el obispo de Chartres. Claro, nuestra fundadora no ignoraba tales travesuras, y obediente a la Iglesia acataba al obispo, se distanciaba, observaba, y esperaba.

Otras dificultades climáticas se interponían a la dulce calma, a la felicidad concebida.

Hubo en 1709 un invierno particularmente crudo que duró más de cuarenta días y vino una penuria extrema. Esto es significativo, y se conciben las dificultades de la comunidad con numerosas internas en los distintos establecimientos y sus servicios de atención y abastecimiento para los pobres.

Respecto a las dificultades eclesiales, afortunadamente, tras la muerte del titular de Chartres, con quien, habiendo poseído cordiales relaciones, llega monseñor de Mérinville, quien en adelante será protector de Marie y sus proyectos hasta la muerte de esta.

La gran prueba para Marie Poussepin será *asegurar el porvenir*. Para el año 1710, la comunidad no tenía existencia legal ante el Estado, ni estatus canónico ante la Iglesia. Desde Noëlle Mesnard, aquella adolescente que fue una de las primeras en llegar a Dourdán como huérfana protegida, y en quien Marie puso sus ojos, precavida ella, para endosarle la propiedad de Sainville, en caso de llegar a faltar. Pero quien primero faltó fue Noëlle, pues que es Dios quien dispone, y así la propiedad está en el aire. En suma, la propiedad del convento carece de título jurídico y su familia podría

reclamar, reivindicar todo y conducir a la dispersión y a la ruina del Instituto.¹¹

He aquí que lo más apremiante sería obtener las Cartas patentes, o emanadas de la autoridad real, hacerlas registrar por el Parlamento de París. ¡Solo esas cartas daban a la Comunidad religiosa su existencia legal! Finiquitado este paso, la Iglesia daría el aval canónico, y la Orden Dominica tendría mayor largueza respecto a esa constante solicitud de nuestra fundadora de ser admitida a la tercera orden.

¹¹ Bernard Préteseille (s. f.). *Marie Poussepin o el ejercicio de la caridad*. (Hna. Margarita de la Encarnación, Hna. María Isabel Panqueva A., traductoras). Arte Publicaciones.

ESPERAR CONTRA TODA ESPERANZA

Diálogo con Monseñor de Mérinville

En las causas de beatificación es determinante para el candidato a tan alto honor, que pasase el examen de las virtudes heroicas, pues he ahí un heroísmo de Marie Poussepin, esperar tantos años la solución a tan urgente solicitud de aprobación.

Se dirige a Chartres, donde tiene sede el obispo. Como en tantas ocasiones va en carruaje, acompañada de Agnés Revers, su prima y asistente. El camino serpentea orlado de árboles frondosos y desde la vera hasta el horizonte los campos se tiñen de amarillo por los sembrados extensivos de trigo. Desgrana en el coche las cuentas del rosario; su expresión es seria y su frente tensa. De cuando en cuando su compañera de viaje pone las manos en las rodillas de Marie y aprieta sin decir palabras, pero es un síntoma de *estoy contigo*.

A medida que se acercan a la ciudad emerge cada vez más nítida y magnífica la catedral, esa iglesia gótica vitralada, de acendrado culto católico, bajo la advocación de Nuestra Señora.

Se bajan del carruaje en la casa de los amigos de siempre. Pasan la noche y al día siguiente van a ver al obispo,

monseñor de Mérinville, quien por carta anterior está enterado de la solicitud de ser recibida.

No existen retratos de él, pero imaginemos a un hombre de unos 50 años, o algo más; es fuerte, alto y magro; ojos de un azul desvaído tirando a gris, cabellos plateados, algo ralos y largos, afeitado el mentón y su fisonomía extrovierte su reciedumbre moral, su apego al derecho canónico y esa índole de quien con excelentes modales estará en condiciones de decir *no*, si es *no*.

La mañana otoñal está fría, el cielo gris y los árboles sombríos; ello daba la sensación de desfallecimiento anticipado y malestar. Pareciera que el cielo era adverso. Preconcebían las dos religiosas que su destino se iniciaba sin el acicalamiento climático, preludio de éxito, de logro, ante tan alto y difícil problema.

En el gran e imponente salón del despacho arzobispal, muy a media luz, por poca claridad solar, si bien, en los candelabros ardían varias lámparas, el prelado estaba ya sentado ante un enorme escritorio de madera tallada, macizo, pesado, las veía acercarse, carraspeó; ellas hicieron la agraciada venía francesa, mientras le expresaban sus respetos. Las invitó a tomar asiento y sin rodeos la conversación engorrosa comenzó:

—Su excelencia —dijo Marie Poussepin— conoce ya de sobra el motivo de nuestra presencia. Ni su excelencia ni yo somos personas de rodeos y respetuosamente voy al grano. Pende de su decisión la perdurabilidad de nuestras casas y de nuestras comunidades recientemente establecidas, en ello concomitan tres problemas.

«Primero, agotamiento del capital invertido, proveniente de mis activos de renta líquida, de mi patrimonio, los aportes de mis familiares, amigos, donantes, el trabajo de las hermanas para no serle carga a nadie; segundo, pende la clarificación canónica, dado que mi instituto no encaja

en la modalidad monástica, y no seremos ni claustradas ni haremos votos solemnes, como su excelencia lo sabe muy bien, es una fundación insólita, novedosa, nunca vista por su estilo. Quizá el cambio renovará esta parcela de Dios, la vida religiosa consagrada según un soplo nuevo del Espíritu; tercero, pende la vinculación definitiva nuestra a la Orden de Predicadores. Por fuerza de las circunstancias, admitimos fungir como comunidad adscrita a la tercera orden. En conclusión: ¿cuál será nuestro destino, nuestro estar eclesial según la óptica canónica?».

El Señor Obispo la miró benevolente por algunos instantes. ¡Cuánto admiraba su tenacidad y rectitud! Sin ambages, con voz calma y gran sensatez, se expresó:

—Reverenda madre, ha sido clara su solicitud tan reiterada otras veces ante mí. Sé que no la mueve la altivez, sé que ha sabido esperar y coincidido en todo con sus razones. Estamos atados por cánones muy antiguos. No desesperemos, porque yo también quiero situarme en el meridiano de los cambios. Veo dos alternativas. O ustedes se acogen a un estatuto monástico que sé, lo rechaza su reverencia, y yo... también. O usted apela al rey, porque para bien suyo y para mal de la Iglesia católica esta monarquía ha asumido la vertiente galicana, que después de las guerras de religión aquí, entre los coletazos, ha quedado que el poder monárquico se ha tornado absolutista y sus decisiones pesan sobre la Iglesia.

—¿Cuál será esa luz al final del túnel, su excelencia?

—Se lo diré: presente su petición al Parlamento de París, ello tiene tortuosos intrínquilis y sus protocolos aparatosos para despejar cualquier sospecha de falta de respeto o de cortesía. La finalidad se encamina al rey, única autoridad para conferir letras patentes. Digamos, el reconocimiento oficial de su fundación y, además, para siempre estará avalada en la autoridad real. Su voluntad es como la del

papa, que dicho en latín y aplicado al monarca, se explicita: *Roma locuta, causa finita*.

Las dos religiosas besaron su anillo, respetuosamente se despidieron de aquel gentil prelado, salieron a la calle, aún no clareaba el día, pero el sol se asomaba y, claro que sí, brillaría.

Como todos los procesos ante los poderosos estos se demoraban eternidades para atender solicitudes. Los amigos tan solidarios habían graneado sus intrigas en el Parlamento de París y *madame* de Maintenon las suyas ante el rey. Por su parte, el padre Mespolie realizaba su penetración e injerencia ante el maestro general de la Orden.

Por de pronto, en poco tiempo, murió Luis XIV. En 1723, el joven rey Luis XV alcanzaba con su mayoría de edad el acceso al trono.

Dicen algunos de la época que el nuevo rey era piadoso, que rezaba diariamente el santo rosario, pero los más lo apreciaron voluptuoso, absolutista, enredado en problemas de amantes, en fin, lo que haya sido, pero finalmente prestó oídos a la súplica que de antes, mucho antes, presentara Marie Poussepin a su padre: «He dedicado todo mi patrimonio en construir una casa para vivir con mis hermanas de comunidad con el fin de educarlas en el temor de Dios, enseñarles a leer y escribir, aritmética, a sangrar y cuidar a los enfermos, a hacer medias de seda con aguja, para no ser gravosas ni pesadas a nadie, para ser útiles al público. Mi deseo es dar a las jóvenes de las aldeas el modo de salir de la ignorancia y que los pobres enfermos tengan alivio. Recurro a vuestra majestad para obtener letras patentes de fundación de la comunidad a este efecto, y hemos prometido orar siempre a vuestro favor».

¡Qué claridad!, nada de adjetivaciones melifluas, siempre tan sospechosas, nada de matices ni de irrespetos, pero tampoco de adulaciones.

Habrían de transcurrir más de 8 meses desde la primera petición a Luis XIV. Muchos sucesos en la familia Poussepin,

algunos nefandos, otros afortunados. Muchos amigos muertos, la vejez a todos se les vino encima. Se precisaba el consentimiento del obispo, después de todo era una formalidad, y qué placer, aún vivía monseñor de Mérinville, obispo de Chartres, quien expidió un testimonio enteramente a su favor.



Fotografía de Daniel Villafruela (2010). El antiguo convento de los hermanos predicadores, fundado a finales del siglo XIV, alberga una congregación de hermanas dominicas.
<https://commons.wikimedia.org>

Virtud probada: la resiliencia

La gente de la costa norte de Colombia es única, así como lo es su argot, su innata elegancia en el porte, y una cierta desfachatez en su lenguaje, con alta gama de gracejo. He aquí en clase de anatomía que la hermana maestra pregunta al grupo de sus educandas:

—¿Cuál es el músculo más dinámico del cuerpo humano?

—El que hace tictac para que anime al resto, —contesta la niña.

—Y ¿cuál es el que nos sostiene?

—Pues el esqueleto para no caminar *aguao*, —vuelve y responde la aludida.

Así fue Marie Poussepin, corazón y estructura.

Si se precisa de alguna comparación, es acertado utilizar el símil de la espada toledana, que requiere ser colada con variedad de aceros, que en Marie serán su energía moral, su integridad en el carácter por ser sólido, robusto, fuerte. Admirable su tenacidad ante los infortunios; hoy diríamos resiliencia o capacidad de afrontar la adversidad. En la forja de la espada se requiere del fuego al rojo, luego sumergirla en aceite hirviente para que logre el temple, como ella que adquirió su timbre en el yunque a golpe de las marchas y las contramarchas, oposiciones, negativas y largas esperas.

Y este temple para el aguante, su perseverancia contra viento y marea icorona los trámites!

Las ayudas fueron valiosísimas. Es cierto que el obispo de Chartres, monseñor de Mérinville la estimaba, conocía su obra, pero era apegado al derecho canónico y conocía todos los trámites problemosos, pero su afecto y consideración por Marie fue siempre un apoyo moral.

Es verosímil que los contactos recurrentes con *madame* de Maintenon siguieran siendo firmes y frecuentes; en ella tenía apoyo ante el rey a fin de lograr el aval principal sin el cual la Iglesia no movería un dedo. Tal era el relieve galicanista. *Madame* de Maintenon fue clave para acceder a esas letras patentes que otorgaba el monarca.

Es cierto también que en sus periplos había conocido personas de pro que pudieran ayudarla, como el padre dominico Francisco Mespolie, cuyo interés de ayudarla fue enorme. Fue su amigo y consejero, se esmeró para que la inicial fundación obtuviera el reconocimiento de la Orden, cuestión intrincada y atravesada por los líos canónicos.

Por fin, «el 14 de marzo de 1724 llegaba a Sainville un magnífico pergamino firmado por Luis XV y sellado con lazo de seda con un gran cuño de cera verde».¹²

¡Aleluya!, ¡Dios es grande! Final feliz de las tales letras patentes.

Decía el documento: «Luis por la gracia de Dios, rey de Francia y de Navarra.... Nuestra bien amada Marie Poussepin nos ha expuesto, humildemente, que habiendo concebido el designio de procurar a los pobres enfermos del campo los socorros necesarios y a las pobres niñas de las aldeas una instrucción suficiente para ponerlas en condición de prevenir, por su trabajo y educación, los desórdenes que la miseria y la ignorancia exponen, ella había comenzado esta obra desde hace 28 años en la parroquia de Sainville, bajo la autoridad del señor obispo de Chartres. Bien informado por los señores obispos de Chartres, Meaux, Orleans y Arras de la utilidad de dicha fundación, *nosotros hemos permitido, aprobado y confirmado* y con nuestro *poder y autoridad permitimos y confirmamos* por nuestra mano el establecimiento hecho por la señora Poussepin, bajo el título de *comunidad de la caridad de Sainville* para ser por ella y por quienes la sucedan regida y gobernada».¹³

A su vez, monseñor de Mérinville expedía un documento oficial sellado con su escudo, y oficialmente daba su autorización para el establecimiento de su comunidad.

La comunidad suya, ya tan esparcida, estará de plácemes, con toda justicia. ¡Qué respiro!

Y esa mujer de talla menuda se ha agigantado con su talante, pues resiliente ha sido como dueña y ama del hogar, al faltar los padres y sacar su heredad de la quiebra heredada

¹² - ¹³ Bernard Préteseille (s. f.), *Marie Poussepin o el ejercicio de la caridad*. (Hna. Margarita de la Encarnación, Hna. María Isabel Panqueva A., traductoras). Arte Publicaciones.

de su padre, hombre honrado, a quien un honroso cargo lo hizo fiador de deudas ajenas y colapsó.

Tenaz para meterse de lleno en la transformación de sus industrias textiles, ella con sus diligencias cubre distancias de Dourdán a París, y tramita en Londres para introducir telares de tecnología de punta. Transforma su taller, transforma a Dourdán. Cabecidura ha sido, muy firme para poner coto al abuso de sus camaradas textileros, y sin saberlo se adelanta a las providencias tardías sobre justicia social.

Obcecada ha sido con su vocación de consagrarse a Dios, pero no quiere ser monja, y funda una comunidad nunca conocida en los registros canónicos de la Iglesia.

Marie Poussepin humilde, sí, pero no mínima, sale avante en todas sus empresas y por ello es paradigma de mujeres innovadoras, de empuje, no para el momento solamente, sino que su empeño será un legado para sus hijas a lo largo de 300 años.



Obra de autor desconocido. Retrato sobre lienzo de Marie Poussepin en el siglo XVIII. Museo de Dourdán. <https://commons.wikimedia.org>

PERFILES: FISONOMÍA, CARÁCTER Y ESPIRITUALIDAD

Su fisonomía

He presentado a los amables lectores una biografía de Marie Poussepin, no exenta de imaginación que ilustrara su carácter, persistencia y logros.

Si mientras escribo estuviera a mi lado Marie Poussepin, su modestia se resentiría. «Pero, *ma mère*, no redacto un panegírico, es un semibosquejo de tu realidad, que se aprecia en tus escritos, instrucciones, reglamentos. Tu primera comunidad ha dejado testimonios que ha corrido hasta nosotros por tres siglos».

Los rasgos de alguien considerado bello fascinan, no cesamos de mirar, sin embargo, más que el físico, el carácter de las personas nos atrae, es un imán que más allá de los ojos seduce nuestro corazón. Justamente, ese aspecto es lo que constituye su personalidad, ahí es donde radica la gran atracción, esa fuerza que para bien o para mal obnubila.

Mujeres a lo largo de la historia dejaron la estela de su belleza: Nefertiti, Friné la cortesana griega, Cleopatra, Mesalina, María Félix. Los hombres que las idolatrarón por su físico deslumbrante cayeron a sus pies, y debieron lamentarlo.

Bien lo dice el libro de *El principito*, «La mirada ve lo externo, no lo esencial que es invisible para los ojos».

Algo más, antes del punto final, una descripción de su físico, y también apuntes que una de sus hijas puede calibrar atinente a su reciedumbre moral y sus convicciones.

Tenemos solo un retrato de Marie Poussepin que se conserva en la Casa Madre de las Hermanas Dominicas de la Presentación, en Tours.

«Su autenticidad está garantizada por una carta del canónigo Gervais, capellán de la comunidad, al historiador Étienne Cartier, con fecha 3 de febrero de 1859: “Acabo de recibir de la digna madre Saint-Pierre una carta en la cual me dice que el retrato de Marie Poussepin ha sido conservado durante la Revolución, en la familia de una antigua madre que se llamaba hermana Saint Jean, según cree ella”».¹⁴

«A pesar de sus 90 años, cuando se la pintó, y de su trajinada vida, su frugalidad y de enfermedades sufridas revela un rostro donde hay que fijarse: es fino, ovalado, de rasgos regulares. La frente es amplia y de buenas proporciones, aunque en parte disimulada por la venda. Los ojos, bajo el peso de los parpados, tienen un ligero estrabismo, pero conservan una expresión sonriente. La nariz bastante larga, de perfil fino pero acentuado, reposa sobre una boca firme, de labios finos y espirituales, con un mentón redondeado en donde se marca la bondad.

«El conjunto de este rostro está impregnado de serenidad y de confianza. No tiene severidad ni rigidez, sino una delicada sonrisa que se lee en la mirada jovial. Los hoyuelos, en la parte baja del rostro, lo rejuvenecen y le dan una expresión de tierna benevolencia. No es un retrato idealizado; transcribe fielmente los rasgos reales. Traduce, sin embargo, una distinción equilibrada y el reflejo de un alma interior, una mezcla de inteligencia, de experiencia de la vida sin ilusiones y de comprensión indulgente.

«La mirada de los ojos vuelta hacia el interior, más allá del mundo que pasa, pero sin dejar por eso de sonreírle y

¹⁴ Tomado de Retrato físico de Marie Poussepin <https://www.presantafe.com.co/images/presantafe/documentos/RetratoFsico.pdf>

de amarlo. Es el equilibrio consumado de una personalidad que ha alcanzado su unidad humana y sobrenatural.

«Ella nació para mandar y fue superiora de su comunidad hasta su muerte. Del libro de los reglamentos se pudiera hacer un ensayo largo y prolijo, en ello hay expresiones que son impronta, ahí se logra explicitar lo que para ella era ser *la superiora*». ¹⁵

- No obliga a nadie, presenta lo prohibido de manera que prevalezca la libertad y la caridad, y ante todo que tenga relevancia la verdad.
- Es instruida en las verdades de la salvación. Si algo más, bienvenido sea.
- Es ejemplar testimonio a causa de su virtud: fortaleza, verdad, rectitud, abnegación, entrega.
- Mantiene permanente contacto con el Evangelio: estudio y meditación,
- Ora y escucha, no improvisa.
- Ante el Evangelio encomienda la soledad, y en ese retiro, nutre el diálogo, se inspira en la formación de sus hermanas.
- Sabe responder a lo temporal, no como dueña, sino como servicio. Se entera de lo que pasa, con altitud de miras, sin pequeñeces, sin preguntas capciosas. ¡Oh, recta!
- Vela por las prácticas de la regla.
- Hace notar los desfases a la regla, cosa dura pero necesaria, ahí se juega el cariño y el miedo de ser la comidilla. Rectitud, ante todo.
- ¡Valentía! A ella no ha de importarle sino la voluntad de Dios, el buen olor de Jesucristo.
- Su legado es para nosotras, y vete leyendo, hermana, el capítulo XVII de los reglamentos.
- Irrestricta su confianza en la Divina Providencia.

¹⁵ Tomado de *Cuadernos* de la Hermana Margarita de la Encarnación.

- Ella, como autoridad, no quiere ser el centro de la comunidad, especie de tótem sagrado para rendirle pleitesía. El centro es Jesucristo.
- Les enseñará a las hermanas cómo vivir en comunidad.
- Allí se comunicarán, como en un caminar juntas por ser amigas, por ser hermanas, de ello depende ese testimonio de «mirad cómo se aman». Y en la soledad, como Jesús, rumien su meditación, se sublimen en la contemplación, porque «muéstrame tu rostro Señor» es sumirse en la presencia de Dios.
- En comunidad, dialogar, departir, reír, ser solidarias.
- En comunidad, ser piadosas, ello llamará la atención a quienes se sientan atraídas por el Señor, y entonces, llamarán a nuestra puerta.
- En comunidad deberán rectificar errores personales lesivos a las otras.
- En comunidad, el trabajo... Imposible ser exhaustiva...

Ha dejado su legado y, es curioso, las hermanas de la Presentación aun mantenemos esa recomendación por la limpieza que es hasta manía. Parafraseando y resumiendo, he aquí: *hacendosas, siempre limpias, solidarias en el trabajo, atentas, corteses, sin distingos de alcurnia, donde la vida amenace con convertirse en las de arriba y las de abajo.*

Yo, personalmente, encuentro muy diciente esta perla, que también es parafraseo: *que la vida de la comunidad se anime, reine la alegría, se cante, ore y trabaje, sencillas pero felices en esos acompañamientos recíprocos, comunitarios, nada de caras adustas, ni de santurronerías ridículas.*

Su espiritualidad

Marie Poussepin, que era un ser orante, tenía su interior pleno por la presencia del Dios solo, pero no vivía abstraída. Su contacto con Dios estaba disciplinado por la razón para meditar, para ejercitar la mente de alguna forma.

La meditación es ejercicio intelectual que permite acercarse a la contemplación o llamado de la conciencia plena a ocuparse de la elevación espiritual.

Ella se mantenía permanentemente en ambos estados, pero allá en la capilla de Sainville se regodeaba a sus anchas y la contemplación tomaba vuelo.

Decía san Hilario de Poitiers que para orar se requiere ser poeta, no porque sus pensamientos rimen versos, sino porque el orante ve lo inaccesible a partir de su conformación sensorial.

Ya Aristóteles había afirmado: «Nada hay en el entendimiento que no hubiera entrado por los sentidos». La dimensión abstracta de nuestra mente se ilumina desde los sentidos para darle corporeidad a la imaginación, esto es, replantación sensorial de cosas reales o ideales. Se trata de un proceso que permite la aplicación de información creada en el interior de nuestra mente, sin que se nos permita ser calificados de ilusos o de fantasiosos. He ahí la estructura de nuestro ser, de nuestra esencia humana. Si por la imaginación somos pintorescos, también le damos forma a nuestros pensamientos trascendentes.

Así que cerraba ella sus ojos, se recogía en sí misma, sin esfuerzos, suavemente, acercándose al Dios vivo.

Y he aquí una imagen que, admisiblemente, ella comentó y describió a sus hermanas y que, en el siglo xx, al restaurar la casa de Sainville, un buen pintor destacó en la capilla, en su pared frontal, tras del altar, esta percepción:



Los brazos del anciano de los siglos, Dios Creador, se extienden, insinuando la forma de la cruz, las gamas del color se van diluyendo y acentuando también y asomando en tonos verdes, grises y negros, son como los colores simbólicos del misterio.

«La cabeza del anciano apenas si es un esbozo para el rostro enmarcado en cabello blanco, y se ilumina por un halo lechoso —como si fuera la vía láctea—, pues Él es el Creador del mundo, del espacio sideral, de la eternidad. En el halo está el Espíritu Santo, en la forma clásica de paloma, que más que ave es, al parecer, la penetración del rostro del Padre en Sí mismo; el Hijo es solo cuerpo, sin ropaje, crucificado incrustado en el anciano. Sus rostros tienen la cercanía de un beso, ahí se revela otro misterio: el Padre ama, el Hijo es su fruición, el pensamiento del Padre y el Espíritu es el amor».

«Tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo único para que lo salvara (Jn 3,16)».

«La misión del Hijo es la del Verbo, hecho carne en Jesucristo».

La contemplación de Marie Poussepin en la Trinidad, desmenuza el factor básico de su espiritualidad. No es algo fenomenológico, tiene repercusión en la vida para sí y para sus hermanas. Sus relaciones con Jesús las apropia en su conciencia íntima, recibiendo la proyección del Dios solo

que es trino, luz indeficiente, trinidad, fraternidad. «¿Quién podrá separarnos del amor de Jesucristo?».¹⁶

La espiritualidad trinitaria, no fue en ella una devoción especial, sino la orientación de su vida.

Junto a la orientación trinitaria está su piedad a la Virgen, Nuestra Señora de la Presentación, en la imagen icónica de la Virgen niña, que llega al templo para servir al Señor, su Dios y su Rey.

Está en el templo aludiendo al periplo que todo israelita cumplía de ir anualmente tres veces para *ver la faz de Dios*. Ella es la Princesa bellísima del cantar... «Ven mi niña, sé una ofrenda, un perfume de exquisito olor, prepárate para ser una agradable y espléndida habitación de quien trae al mundo la salvación».

La espiritualidad mariana posee un fondo anclado en el misterio y referenciado bíblicamente; no corresponde a suspiros de beatitudes cursis. En fin, de allí se desprende considerarnos peregrinas, que hacemos permanentemente la ruta al Templo para consagrarnos como la Virgen, para insistir en la pequeñez que no es minoridad, sino pertenencia y servicio, y ante todo pertenencia.

Ni un solo día de su vida olvida Marie aquellos momentos de su infancia cuando como una esponja absorbía el legado cristiano y mariológico de su familia.¹⁷

¹⁶ *Reglas Generales y Reglamentos para las Hermanas de Sainville.*

¹⁷ Tomado de *Cuadernos de la Hermana Margarita de la Encarnación.*



Misterio de la Presentación de María en el templo (sin más información).
<https://commons.wikimedia.org>

EL FIN DEL PRINCIPIO

Se eclipsa

Son cuatro los años del declive físico de Marie Poussepin. ~~Se va desluciendo en el silencio, sin clamores patéticos, en el recogimiento.~~ Previsora como siempre, y enérgica como nunca, entendió que cuando somos débiles es cuando de veras somos fuertes. Al cumplir sus 86 años reconoce que no tiene ya el vigor necesario para guiar a su comunidad, pues sus energías han disminuido notablemente durante los últimos meses.

Da un paso al lado, delega muchas de sus actividades; todo, menos su autoridad indeclinable. Bastaba su sombra, sentir su presencia para confirmar que la autoridad de la casa no había decaído. Imparcial como siempre, para nada violenta ni dominante ni quisquillosa, conserva en su rostro envejecido su misteriosa sonrisa que también indica paz y tenacidad perseverante. Su lucidez y discreción, su mesura equilibrada se devela en sus *Reglamentos*.

Todo lo cual es expresión de su talla moral.

El 24 de enero de 1744 a sus 90 años y tres meses culmina su vida mortal.

Es un sábado, día de la Virgen. Había recibido los sacramentos de penitencia y extremaunción, su estado no le permitió la Sagrada Comunión.

Alrededor del lecho, sus hermanas están serenas, tal como cuando la tristeza nos tumba, pero no hay lloros estridentes, eso no, eso va contra la dignidad de una agonizante para nada amigable de las expresiones exageradas.

El día estaba tintado de un gris delicado, y había en aquella habitación una gracia luminosa y sutil que purificaba el corazón de toda emotividad lacrimógena.

Todo ha concluido.

Tomo una breve descripción de León Tolstói en su *La muerte de Iván Ilich*, para pincelar así el cuadro: ella, aún en la cama, se hallaba, como lo están siempre los muertos, tendida pesadamente, sus miembros rígidos con la cabeza para siempre doblada sobre la almohada, a causa de cuya altura sobresalía, como sobresale en todos los muertos.¹⁸

La frente pálida y tensa se cubre con su toca blanca, la nariz saliente, cómo no, había sido siempre tan llamativa, y como deprimido el labio superior. Se le veía muy cambiada, pero su rostro, como los de todos los muertos, era más hermoso y sobre todo más imponente que en vida. Aquel rostro expresaba que había sido preciso hacer una cosa, que esta cosa estaba a la vista, esa no había cambiado, su dulzura, que siempre estuvo presente en su enigmática sonrisa.

«¿Sufrió terriblemente en sus últimos días?», —habría de preguntarse quienquiera la viera allí yacente. «Sin duda alguna, por esa congestión respiratoria tan pertinaz». «¿Y conservaba todo su juicio?» «¡Absolutamente!, en evidentes signos, aunque no hablara».

Sus ojos semiabiertos hasta el último día se ocultaron tras sus párpados. Sus extremidades se fueron aflojando y sin estertores; así, serenamente, entregó su alma a quien se la dio, y desapareció la vida de una fecunda y ejemplar mujer que *atizó el fuego de la caridad*.

Debido a los oficios de domingo en la parroquia, la ceremonia de sepultura fue diferida hasta el lunes 26 de enero. Las exequias las celebró el cura Pierre Servant y la inhumación se realizó en la capilla de la comunidad, tal

¹⁸ León Tolstói (2016). *La muerte de Iván Ilich*. Alianza Editorial

como había sido su deseo. *Requiescat in pace*. Poco después de la inhumación se recubrió su sepultura con una loza funeraria de piedra dura, y ahí se escribió:

D. O. M. Aquí reposa el cuerpo de la humilde, piadosa y caritativa Marie Poussepin, natural de Dourdán, fundadora e institutriz de esta casa, en el año de 1696, y ella ha sido superiora hasta la muerte R. I. P. Ella oró y hizo lo que era recto a los ojos del Señor; oró y veló asiduamente sobre todo y el enemigo no pudo sembrar cizaña en su casa.

Aviva en nosotros el fuego que te asistió: la caridad.



Memoria

Las fuentes tipográficas utilizadas empleadas son **Georgia Normal** 10 puntos, para texto corrido, para títulos **Helvetica Bold** a 12 puntos y subtítulos **Helvetica Bold** a 10 puntos
Medellín - Colombia